

Dominique Lapierre  
Un arco iris en la noche



Dominique Lapierre

# **Un arco iris en la noche**

Con la colaboración de Javier Moro en la investigación

Traducción de Carmen Suárez Menéndez

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Título original: *Un-arc-en-ciel dans la nuit*

© Dominique Lapierre, 2008

© por la traducción, Carmen Suárez Menéndez, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2008

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2008

Depósito Legal: M. 36.409-2008

ISBN 978-84-08-08095-4

ISBN 978-2-221-11105-5 editor Éditions Robert Laffont, S. A., París, edición original

Composición: Zero pre impresión, S. L.

Impresión y encuadernación: Brosnac, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

*A Helen Lieberman y a todos aquellos  
–blancos, negros, mestizos...–  
que han roto la opresión del apartheid  
y hecho triunfar la libertad,  
la fraternidad, la verdad y la reconciliación*

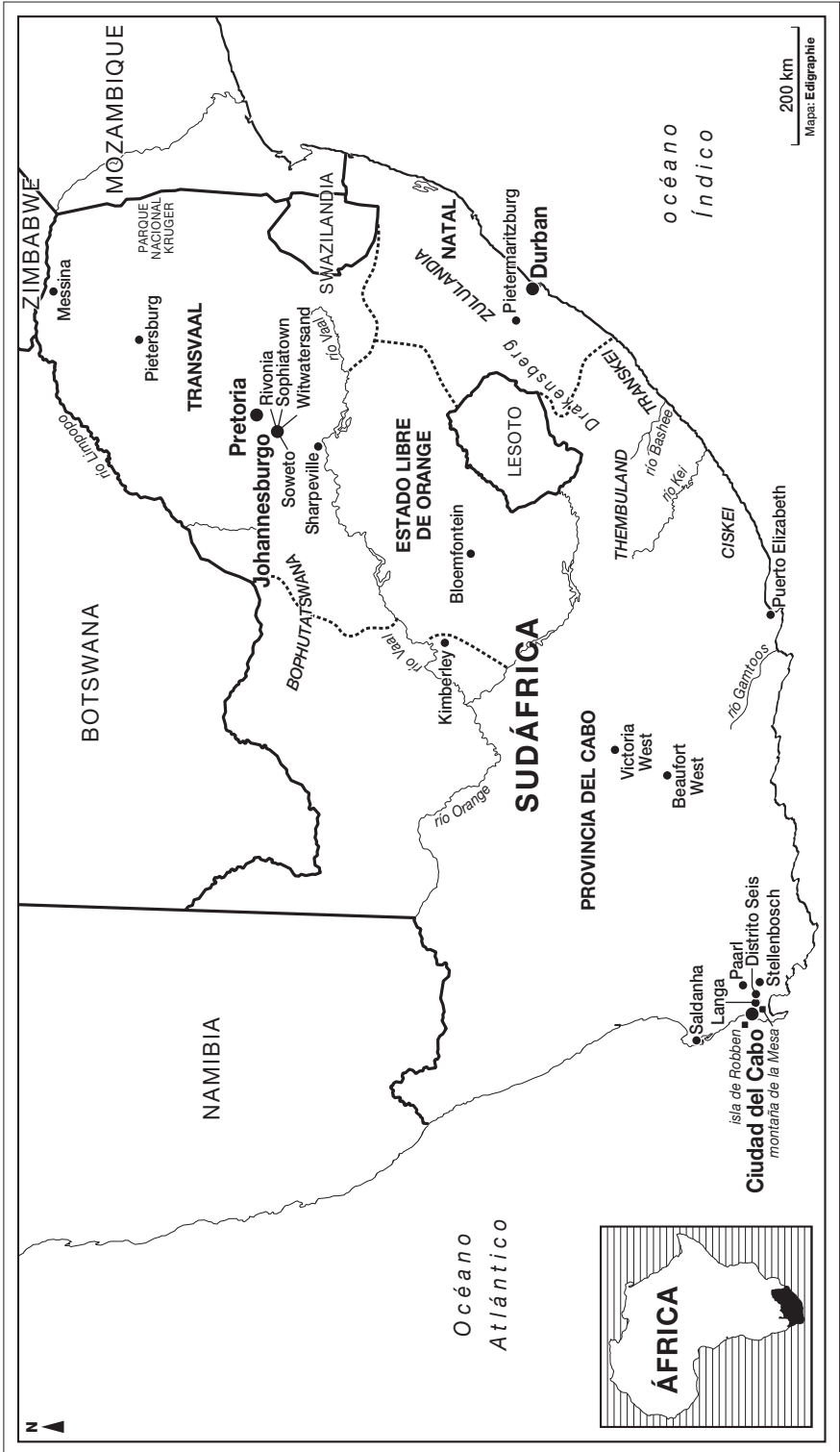


Cada uno de nosotros está también profundamente unido a la tierra de nuestro hermoso país como lo están los famosos jacarandás de Pretoria y las mimosas del Veld... una nación arco iris en paz consigo misma y con el mundo.

NELSON MANDELA

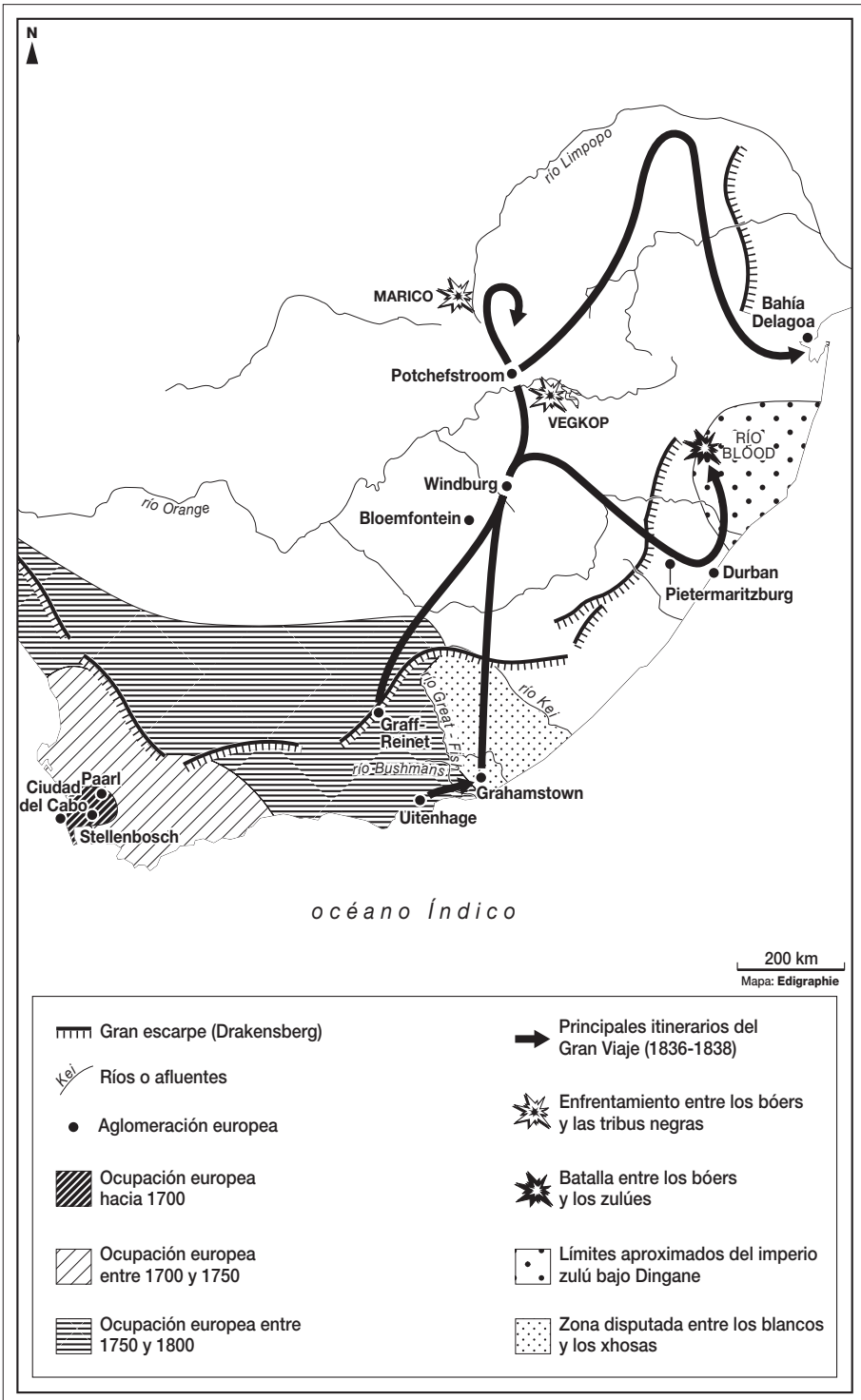






Sudáfrica





### La conquista de Sudáfrica por los carros del Gran Viaje

Según mapa extraído de *Histoire de l'Afrique du Sud. De l'Antiquité à nos jours*, de Bernard Lugan (Perrin, 1995).



## **Primera parte**

Los carros  
de la libertad



Pillajes, violaciones, asesinatos... Una cruzada contra la herejía de una violencia única en la historia. En este final del siglo XVI, todas las provincias septentrionales de Holanda son asoladas. Los soldados de la católica España, que ocupan ciudades y pueblos, dan pruebas de una barbarie extrema. Sus hogueras arden día y noche. Exterminan por millares a los adeptos a una nueva religión predicada por un monje mendicante llamado Martín Lutero, que acaba de rebelarse contra Roma y su papa, corrompido por el dinero. Una revolución que se opone al mundo católico de la época, pronto seguida de otra, extendida por un austero Picard, de nariz larga y perilla triangular, con el cuello ceñido por un estrecho collarín de piel. En un manifiesto de cientos de miles de ejemplares publicado desde su refugio de Ginebra, el teólogo Juan Calvino quiere imponer a todos los habitantes de Europa el reconocimiento de la Biblia como fuente única de la fe. Les revela que Dios ha elegido expresamente a determinados pueblos para reinar sobre el conjunto de su creación.

¡La Biblia! Ya es el libro guía de los hombres y mujeres que intentan conseguir su liberación de las legiones de papistas en el llano país holandés. Y resulta que emisarios venidos de Ginebra les anuncian que son, en realidad, los nuevos hijos de Israel elegidos por Dios para liberar sus polders, como en otros tiempos los hebreos reconquistaron la Tierra Prometida de Canaán. Ya nada puede exaltar más su voluntad de supervivencia que esta afirmación de pertenecer a un pueblo elegido. «Sois para mí una nación santa, ¡un reino de sacerdotes! No temáis nada, Jehová está con vosotros, ¡su Ángel combate a vuestro lado!», repiten hasta la saciedad en las iglesias, convertidas en templos protestantes, los emisarios del iconoclasta de perilla triangular. Tomando como testigos los libros sagrados, explican a los protestantes que, después de haber estado sometidos a la Corona de España y a la tiara papal, hoy están dispuestos, como los padres de las doce tribus de Israel, a reconquistar su Tierra Prometida. «Si Jehová os ha elegido –proclaman–, no es porque seáis el pueblo más numeroso de la Tierra, sino por todo lo contrario, porque sois el más pequeño.» Basándose en el Deuteronomio, les aseguran: «Será para vosotros cualquier territorio que holléis con vuestros pasos, allí estará vuestra frontera.»

Al igual que veinte siglos antes había confiado al emperador Ciro el auxilio de los judíos cautivos en Babilonia, Dios envía a otro libertador de su pueblo encadenado en las provincias holandesas. Se llama Guillermo de Orange. En menos de la mitad del tiempo que necesitó Josué para adueñarse de la Tierra Prometida, el calvinista



Guillermo consigue liberar a su nueva patria de los tiranos españoles. Esta liberación permitirá a siete modestas provincias formar una república y convertirse en uno de los estados más modernos y poderosos del planeta. El profeta Calvino no se equivocaba. Dios había elegido a la pequeña Holanda para conducirla hacia un destino privilegiado. El pueblo de Batavia recordaría esta gracia por los siglos de los siglos hasta el día en que, condenado a sobrevivir entre otros pueblos, sus descendientes cometieran uno de los mayores crímenes de la historia de la humanidad. Pero en los albores del siglo XVII esta fecha fatal todavía está lejos. «Felices los hombres cuyos pecados les serán perdonados», repiten en los templos de la nueva Iglesia holandesa reformada. A lo largo de las costas del mar del Norte, en las tierras bajas y en los pueblos de Zelanda y Frisia está a punto de nacer una edad de oro. Amsterdam será la nueva Jerusalén. En menos de veinte años, la capital de Holanda se convierte en el centro cultural, artístico, comercial y financiero de Europa. Estimulada por la energía espiritual e intelectual, empujada por la lectura febril de los versículos de la Biblia y de los escritos de Calvino, se abre a todas las culturas, a todos los comercios, a todas las religiones. Obras de arte —¡y qué obras de arte!— evocan pronto esta época trémula de esperanza ilustrada por los poderosos lienzos de Rembrandt, de Franz Hals, de Vermeer, de Bruegel. Bien es cierto que el modo de vida de la sociedad holandesa permanece impregnado del puritanismo calvinista. Pero tras las austeras fachadas de las nuevas moradas patricias se oculta un lujo inigualable. En cuanto a los colo-

res oscuros de la ropa que parecen excluir toda coquete-ría, éstos disimulan el brillo de suntuosas telas de seda y raso que visten a los notables de la capital.

El símbolo y el empuje de la prosperidad económica de la pequeña república residen en la creación de grandes sociedades por acciones, cuyo prototipo es la legendaria Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fundada en 1602. Ésta se atribuirá el monopolio del comercio en toda Asia, en particular el de las especias: clavo, canela y pimienta, principalmente. Recibe el derecho de abrir sucursales por todas partes, de tratar con los príncipes locales, de establecer fuerzas armadas en los territorios donde desee instalarse. Pronto propietaria de ciento cincuenta edificios comerciales y de unos cuarenta navíos de guerra, la Compañía se convierte en un Estado dentro del Estado que dirige, administra y controla sin participación de nadie la empresa mercantil más importante de la época. Su dirección está asegurada por un consejo de diecisiete gobernadores con jubones de seda negra y cuellos de seda blanca: los diecisiete Heren. Su cuartel general es un imponente edificio de estilo patri-cio asentado al borde del canal Kloveniers Burgwal. Sólo durante el año 1653 el valor de los cargamentos que pasan por sus manos supera el presupuesto de la Francia de Luis XIV.

Además de esta supremacía comercial, Holanda podría enriquecer su patrimonio con cualquier conquista colonial. Como muestran los mapas geográficos de las paredes de la sala del Consejo de los Diecisiete Heren, en esta mitad del siglo XVII el planeta no anda escaso de

territorios susceptibles de ser colonizados, ya sea en África, América e, incluso, Asia. Para un pueblo al que legiones de predicadores repiten todos los domingos que está abocado por la gracia de Dios a un destino excepcional, partir a ocupar otra región del globo no es una aventura irracional. Es, por cierto, lo que hace al apropiarse de la isla de Manhattan, en la orilla del Hudson, para fundar allí la ciudad de Nueva Amsterdam. ¿Hacia qué nuevo destino y para qué misión podrían enviar los Heren sus carabelas en este fin de 1651?

Eso es lo que va a descubrir un mocetón de más de un metro noventa, vestido con un jubón de paño negro con el cuello blanco bordado. Con su abundante cabellera, cuyos bucles morenos caen sobre sus hombros, su aire decidido bajo una ancha frente y unas cejas enmarañadas, Jan Van Riebeeck, de treinta y cuatro años, encarna a la perfección ese modelo de aventurero que le encanta pintar a Franz Hals. Hijo de un cirujano famoso de Amsterdam, él mismo cirujano diplomado, ha abandonado pinzas y escalpelos para partir con su mujer, Maria, y sus seis hijos a recorrer el mundo al servicio de la Compañía. Ésta acaba de relevarle de su último puesto como administrador en jefe de la ciudad indonesia de Batavia, de la que ha sido uno de los fundadores. Porque los Diecisiete tienen nuevos planes para su protegido. Grandes expectativas, sin duda. Jan Van Riebeeck está exultante con la idea de marchar a la aventura. La lectura ferviente de los textos bíblicos y la atención apasionada a las profecías de Calvino le han preparado perfectamente para servir a su país hasta en la más extrema de

sus intenciones. «Pídeme y yo te daré en herencia las naciones», dice el Creador en el Apocalipsis de san Juan. El joven holandés no lo duda. Es una misión de conquista, la que el Consejo de Gobernadores le va a confiar esta fría mañana de diciembre de 1651.

¡Infortunado Van Riebeeck! ¡Lechugas! ¡Cultivar verduras de ensalada en el extremo sur del continente africano! Ésa es la apasionante misión que la todopoderosa compañía comercial confía a su audaz representante. Ellos le explican detalladamente los motivos de su decisión. La Compañía está en peligro de muerte. Las tripulaciones de los barcos que aseguran su monopolio en el comercio de las especias están siendo diezmadas por el escorbuto, una epidemia aún más mortífera que el ataque de los piratas, de los corsarios y de todos los barcos de los países competidores. Si no se puede atajar este morbo, la flota de la primera marina del mundo quedará paralizada, y Holanda arruinada. Van Riebeeck ha navegado lo suficiente para no ignorar el pánico que provoca en los puentes y en los camarotes comunes la aparición de la gravísima enfermedad del escorbuto, debida a una carencia masiva de vitaminas. Nunca ha dejado de sentirse acosado por la horrible visión de esos desgraciados sangrando abundantemente, atenazados por la fiebre, con las encías hinchadas como esponjas, los miembros rígidos como barras de hierro. Sabe que sólo una alimentación rica en hortalizas, frutas y carne fresca puede prevenir esta enfermedad mortal.

El joven holandés no puede por menos que mostrar una gran decepción. Alimentado con las enseñanzas de Calvino, es consciente de que su tierra natal ha sido elegida por Dios para llevar a cabo grandes obras. Pero, mira por dónde, se entera de que él no será un instrumento de ese destino. En las cinco carabelas cuyo mando va a tomar, no llevará cañones, ni barriles de pólvora, ni soldados; apenas unos cuantos mosquetes para defenderse. Embarcará jardineros, palas, picos, semillas de verduras de ensalada, de arroz y de trigo, así como machetes de carnicero para trocear los corderos y las cabras criados allí. Porque no hay ni rastro de un sueño de conquista colonial en las intenciones de los hombres de jubón negro y cuello blanco de Amsterdam. Para intentar atenuar la frustración de su protegido, le cuentan la estancia forzada que acaban de hacer en los parajes de su destino africano los sesenta náufragos del *Nieuw Haarlem*, un tres palos de la Compañía. El testimonio es de lo más estimulante. Allí abajo todo existe en abundancia: agua dulce, peces, antílopes salvajes, ganado doméstico e, incluso, en determinadas épocas, manadas de focas y ballenas. En resumen, una especie de El Dorado. Por idílica que parezca, la descripción no satisface en absoluto a Van Riebeeck. Le preocupa saber qué actitud deberán adoptar él y sus compañeros frente a las poblaciones locales con las que se encuentren. La respuesta es firme: deberá evitar todo contacto con los indígenas, conformarse con intercambiar con ellos los regalos y las chucherías que lleven consigo para eventuales trueques por carne fresca. Ninguna otra relación. Ningún intento

de educación, de conversión, de sumisión. Sobre todo, nada de confraternización. Los indígenas son *extranjeros* y deben seguir siéndolo. El único objetivo de Holanda es posarse de puntillas sobre un pequeño extremo del África austral, supuestamente deshabitado, y crear allí una estación de abastecimiento de productos frescos para sus barcos que navegan por la ruta de las Indias. Una misión que le encomiendan realizar «con la espalda vuelta al resto del continente». Nada apasionante, piensa dolorosamente Van Riebeeck. ¿Cómo, en este abismo de decepción, podría imaginar el joven holandés que marchando a plantar lechugas escribiría el primer capítulo de la historia de un país que aún no existía: Sudáfrica?

«¡La montaña de la Mesa, una milla a babor!» El grito del vigía en lo alto del mástil provoca un zafarrancho en el puente del *Drommedaris*, la carabela de Jan Van Riebeeck, que ha partido hace ciento cinco días de Amsterdam en compañía de otros cuatro veleros de cuatrocientas toneladas. La mañana del 6 de abril de 1652 reina una calma milagrosa en torno a esta península africana que intrépidos navegantes portugueses, tras haber perdido a muchos de los suyos en los acantilados, han bautizado con el nombre de cabo de las Tormentas y, luego, cabo de Buena Esperanza. Incluso el *southeastern*, ese viento salvaje que de ordinario oscurece el sol con sus nubes negras y empuja en gigantescas montañas de espuma las mareas del océano Índico contra las del Atlántico, muestra una calma sorprendente. Los recién

llegados pueden echar el ancla al abrigo de la majestuosa montaña en forma de mesa que hunde sus flancos en las aguas turquesas y transparentes de la bahía del Cabo. De pronto, se sienten impresionados por la hermosura de la naturaleza que los recibe. Entre las costas este y oeste de la estrecha península, sólo hay un reino floral y forestal de eucaliptos, jacarandás, buganvillas, helechos. Matas de aloe, alcatraces, pachulis y espicanardos embalsaman este paraíso tropical poblado de miríadas de aves de todos los colores. Pero la fauna salvaje hallada en las primeras exploraciones sorprende aún más a los expatriados de Amsterdam. «Hemos avistado esta mañana una familia de leones devorando a un antílope», contará ingenuamente Van Riebeeck en una de sus primeras cartas.

Los únicos encuentros que escapan al holandés, al menos en las primeras semanas, son los de los pastores khoikhois, divisados con sus rebaños al pie de los floridos riscos de la montaña de la Mesa. A Van Riebeeck le encantaría intercambiar la bisutería y los adornos traídos de Europa por algunas cabezas de su ganado. Pero los autóctonos se escabullen. Habrá que ofrecerles más que un aderezo de plumas y metal para vencer aquella suspicacia. De pronto, los recién llegados desconfían. Desde Amsterdam, los Diecisiete ordenan a Van Riebeeck que construya un fuerte y una empalizada para asegurar la protección del campamento. Incluso le envían a un ingeniero de alto nivel, llamado Rykloff Van Goens, con la extravagante misión de estudiar la posibilidad de separar la península del Cabo del resto del continente mediante un canal excavado de costa a costa. La península

se convertiría entonces en un pedazo de Holanda, independiente geográficamente de África. El proyecto entusiasmo a los expatriados, aunque pronto caen en la cuenta de su ingenuidad. ¿Cómo un centenar de infelices armados con picos y palas van a partir África en dos? ¡Menuda locura! A menos que los khoikhois acudan a millares a prestarles ayuda. Van Riebeeck no ve otra solución que infringir la prohibición de los superiores. Envía nuevos emisarios a los pastores negros que se ven alrededor de la montaña de la Mesa. Las joyas, los espejos, los refinados aderezos que les llevan deberían conseguir vencer por fin su desconfianza, pero ninguno de los indígenas contactados consiente en ponerse al servicio de esos blancos que han entrado como ladrones en su territorio. Decididamente, la tímida incursión de los hijos de Calvino en la tierra de África se presenta bajo auspicios poco favorables.

Inasequible al desaliento, Van Riebeeck consulta un pequeño ejemplar de las Escrituras que jamás abandona su bolsillo, y se inspira en un versículo del Deuteronomio para tranquilizar a sus compañeros: «El pueblo elegido recibirá su tierra después de haber aplastado a los reyes que le cierran el paso», les dice con fervor antes de leer un salmo: «Yo soy el Dios de Israel. Romperé los cerrojos de hierro y haré pedazos las puertas de bronce que se opongan a que seáis el pueblo elegido por mí.» Luego se le ocurre una idea para separar a sus compañeros de esos negros hostiles que él sabe de todas maneras destinados, según ha prometido Dios, a la condenación. Ante la imposibilidad de cavar un canal, hace plantar de



un borde a otro de la estrecha península una doble hilera de almendros silvestres. Cuatro siglos más tarde, el olor a miel y alcanfor proveniente de los retoños de estos árboles de largas flores azuladas embalsama constantemente la campiña al sur de Ciudad del Cabo, eco lejano del primer acto de segregación racial perpetrado por los blancos contra los negros de Sudáfrica.

Con su pequeño fuerte y algunas construcciones de piedras plantadas en el centro de un amplio huerto de zanahorias, coles y verduras de ensalada, Van Riebeeck y sus expatriados consiguen, en unos meses, obtener una modesta estación de abastecimiento. Es un minúsculo enclave europeo desprovisto de cualquier identidad africana, al margen de las poblaciones y del ambiente que lo rodean, dedicado únicamente a engordar cabras y pollos y a proveer de verduras y hortalizas los barcos de paso. En Amsterdam, los notarios de la Compañía se apresuran a ratificar, mediante un acto oficial, la propiedad de este enclave africano sin que nadie emita objeción alguna contra la legitimidad de esta apropiación. ¿Cómo podrían ser considerados como una conquista territorial unos cuantos cercados de arena plantados con verduras de ensalada? En el Consejo de los Diecisiete reina la euforia. Esta tímida aventura en el extremo sur de África promete alcanzar su objetivo. Los navíos que participan en la carrera de las especias se apresuran, frente a la pequeña base, a embarcar los productos frescos que protegerán a sus marineros del escorbuto.

El emprendedor Van Riebeeck también desea vencer a sus comanditarios de que acepten ampliar la pequeña explotación, de que le den autorización para traer algunos esclavos del África occidental, de la India o de Indonesia, y alardea de que multiplicará por diez sus actividades. La respuesta llega como un jarro de agua fría: no. Los Diecisiete Heren están en total desacuerdo con los sueños de expansión de su audaz representante. No quieren, bajo ningún pretexto, desarrollar su pequeña base africana. Ésta debe permanecer modesta, bastarse a sí misma y, sobre todo, no costarle nada a la Compañía. Pero Van Riebeeck obtendrá el apoyo de un aliado inesperado: el *southeastern* es un viento africano totalmente desconocido en las orillas de los canales de Amsterdam. Uno de sus caprichos imprevisibles proporciona de pronto al joven holandés los refuerzos de mano de obra que solicitaba al precipitar un tres paños portugués contra los arrecifes del extremo sur de la península. El *Amersfoort* transporta doscientos cincuenta esclavos angoleños. Algunos perecen en el naufragio, pero más de ciento cincuenta consiguen alcanzar la orilla. Van Riebeeck los comprará a su propietario que, por suerte, se halla entre los supervivientes. De súbito, duplicará los efectivos de su pequeña base para poder aumentar la superficie de sus cultivos y la cría de pollos y de corderos. ¡Adiós al escorbuto! Lechugas, zanahorias y carne fresca estarán siempre disponibles en la punta del Cabo.

Pero entre los esclavos rescatados del infortunado navío se encuentran cierto número de mujeres jóvenes

que de inmediato despiertan la apetencia de los solteros de la colonia. Por mucho que Van Riebeeck prohíba a sus compañeros toda relación sexual con las náufragas, no tarda en oírse por toda la pequeña base un murmullo de amores vedados. Nombradas según sus lugares de origen, María de Bengala, Catalina de Batavia o Susana de Mozambique, a menos que sean agraciadas con un nombre bíblico tal como Raquel, Ruth o Eva, muchas son las rescatadas del *Amersfoort* que comparten pronto la estera de los jóvenes expatriados holandeses. Cuando se enteran, la indignación se apodera de los Diecisiete Heren. Pero en vez de sancionar a los culpables haciéndolos llamar de inmediato, deciden castigarlos con una iniciativa comercial. Holanda acaba de crear una segunda compañía mercantil según el modelo de la primera. Bautizada como Compañía de las Indias Occidentales, ha heredado el monopolio del comercio con América y la exclusiva mundial de la trata de negros. Por esta razón, ordena que le sean enviadas las mujeres del *Amersfoort*. Un duro golpe para quienes comparten la vida con alguna de ellas. No obstante, en el seno del grupo se preparan para celebrar un acontecimiento notable: la boda oficial de un ciudadano holandés de treinta y cinco años llamado Jan Wouterz con una esclava de veinticuatro años originaria de Guinea Ecuatorial. Catharina Antonis habla algunas palabras de holandés y posee unas nociones rudimentarias de la fe cristiana. Este proyecto de unión escandaliza en Amsterdam, donde obligan a los administradores de la Compañía a realizar un acto contrario a su ética comercial. Por el matri-

monio con uno de sus empleados, la joven africana conquista el derecho a su libertad. Para los ávidos Heren, tan atentos a sus beneficios, perder doscientos florines a causa de la liberación de una esclava representa un sacrificio insoportable. Felizmente para ellos, esta unión sentimental será un caso prácticamente único. La mayoría de los compañeros de Van Riebeeck mantendrán con sus esclavos, sea cual sea el sexo, implacables relaciones de amo y criado. Los apodan con el nombre de *kaffirs* –negros– y los destinan a los trabajos agrícolas y domésticos más duros e ingratos. Van Riebeeck los somete a unas normas de disciplina draconianas. Todo esclavo que se desplace después de las diez de la noche debe hacerlo llevando una linterna, a menos que vaya acompañado por su amo y presente un pase especial si el trabajo le obliga a ir más allá de cierta distancia. A fin de prevenir los planes de fuga, ningún negro puede entrar en contacto con otro negro que pertenezca a otro propietario. Simples delitos como el robo, la rebelión o la fuga se castigan con el látigo, el hierro candente e, incluso, la horca. Para un esclavo, el simple hecho de levantar una mano, armada o no, en dirección a un superior puede costarle el suplicio de la rueda, un aparato de tortura que rompe los huesos y desarticula los miembros sin llevar necesariamente a la muerte inmediata del condenado. Una mujer que prenda fuego accidentalmente a la casa de su amo será empalada en las cenizas del edificio quemado. Los cuerpos de los esclavos ejecutados son expuestos en el mismo lugar de su muerte a fin de ser devorados por los carroñeros a la vista de todos. Una sir-

vienta culpable de haber dejado morir a su bebé será condenada a que le arranquen ambos senos con unas tenacillas al rojo vivo. En un arranque de caridad cristiana, Van Riebeeck pide suspender la ejecución del castigo en el último momento. La desgraciada es encerrada en un saco y arrojada al mar frente a la montaña de la Mesa.

En el mes de mayo de 1657, el barbudo inventor de la doctrina de la predestinación de algunos pueblos a la redención debe de revolverse de alegría en su tumba ginebrina. Su querida Holanda acaba de conseguir una nueva victoria confirmando su superioridad entre los hombres. «Alabado sea Dios –escribía Jan Van Riebeeck a sus jefes de Amsterdam–. El vino ha sido prensado por primera vez con las uvas que hemos plantado en tierra africana.» Después de las lechugas, las gallinas y las cabras, la aventura imperial de Holanda alcanza desde entonces un desarrollo inesperado. «Enviadme aldeanos que conozcan el cultivo de la vid –implora en sus cartas–. El país se presta admirablemente a esta actividad. Podremos vender nuestro vino a los barcos de paso y ganar así mucho dinero.» A pesar de esta llamada a sus ambiciones comerciales, los Diecisiete Heren permanecen fieles a su política de una implantación limitada y rehúsan enviar nuevos efectivos a su pequeña base africana.

Pero, de repente, el rey de Francia fuerza la mano. Con su brutal revocación del edicto firmado en Nantes

por su abuelo Enrique IV, en el que autoriza la libre práctica de su culto a los partidarios de la Reforma, Luis XIV envía camino del exilio a doscientos o trescientos mil protestantes franceses. Estos hombres y mujeres, llamados hugonotes, se refugiarán en Holanda, Alemania y Suiza. Es el milagro que no podía esperar Van Riebeeck. La Compañía accede a ofrecer el viaje al Cabo a unas cincuenta familias, concede a cada una de ellas algunas hectáreas de tierra y las provee de las herramientas necesarias para asentarse allí. En contrapartida, los emigrados deben jurar fidelidad a la Compañía y a los príncipes de Holanda y comprometerse a permanecer en el lugar al menos cinco años para hacer fructificar sus tierras.

Ciento setenta y cinco hugonotes desembarcan en la punta del Cabo en abril de 1688. Veinte de ellos han perecido durante la travesía. Son originarios de Provenza, Aquitania, Borgoña y el Delfinado. Se llaman Villiers, Duplessis, Labuscaigne y Dubuisson. Son en su mayoría agricultores y viticultores, pero también hay algunos artesanos, tres médicos e, incluso, un reverendo, el pastor Pierre Simon. Agentes de la Compañía velan para que, desde su desembarco, estén integrados con los expatriados de origen holandés, a los que llaman localmente bóers, es decir, «campesinos». De pronto, la lengua y la cultura francesas sólo fueron una efímera aparición en el extremo sur de África.

Por modesta que sea, la llegada de esta oleada de europeos modifica radicalmente la fisonomía de la pequeña colonia agrícola que habían imaginado los Diecisiete

Heren en sus brumas báltavas. De una simple estación de abastecimiento de verduras, productos lácteos y carne fresca destinada a prevenir el escorbuto en los barcos lanzados a la carrera de las especias, la punta del Cabo se convierte en un asentamiento comercial al completo. Pero otro acontecimiento, éste estrictamente local, terminará de hacer caer a Holanda en la trampa de una aventura de conquista a la que siempre se había negado. Después de haber cultivado dócilmente sus lechugas durante varias temporadas, nueve compañeros de Van Riebeeck experimentan un día el deseo de romper los lazos oficiales con la Compañía para explotar por su cuenta una parcela de tierra y criar allí animales. Al contrario de lo que teme el holandés, Amsterdam acoge favorablemente la solicitud. Los salarios y el mantenimiento de un centenar de expatriados al otro extremo del mundo cuestan muy caros, por lo que la Compañía no está en absoluto descontenta de reducir sus gastos y aumentar así sus beneficios. Acepta, pues, que estas nueve familias de bóers consigan su libertad, con la condición de que se comprometan a venderle la totalidad de su producción agrícola a un precio fijado por ella misma. Van Riebeeck delimita inmediatamente nueve parcelas de seis hectáreas en la periferia de su colonia y las distribuye entre los que ya llaman *freeboers*, los «campesinos libres». Les presta también algunos animales, herramientas, semillas y los materiales necesarios para que cada uno pueda organizar una pequeña granja. No hay por qué echar las campanas al vuelo ni tener sueños de conquista. Y, sin embargo, sin darse cuenta, la lejana Holanda acaba de

abrir a un puñado de sus hijos las puertas de un continente sobre cuyo suelo pronto escribirán, a fuerza de sacrificios y de voluntad, la más grandiosa y feroz de las epopeyas coloniales.

Esta epopeya nacerá de un ataque de ira. Los pocos utensilios que han recibido no son de suficiente calidad para permitir a los bóers libres vivir decentemente con sus familias. Además, los precios de sus productos, impuestos por la Compañía, son demasiado bajos para que tenga interés continuar con esta experiencia como cultivadores independientes. Algunos prefieren hacer las maletas y embarcarse en el primer velero de paso en ruta hacia Amsterdam. Otros deciden buscar en los versículos de la Biblia razones para quedarse. En el libro de Josué, el sucesor de Moisés los interpela. «¿Seréis lo bastante cobardes para no tomar la tierra que vuestro Dios Jehová os destina?», se indigna el profeta. Perplejos, se interrogan: ¿la tierra de Jehová? ¿Es esa estepa amarillada por el invierno austral que perciben en el horizonte? ¿Esa naturaleza austera, vacía, seca, que se adentra hacia el norte? ¿Los pastos para sus rebaños están ahí abajo, en esa inmensidad tórrida?

Firmemente convencidos de su pertenencia al pueblo de la Nueva Alianza elegido por Dios, los granjeros holandeses escuchan su ingenua fe y prueban suerte. Embarcan mujeres, niños, esclavos y sus magras posesiones en estrechos carros de altas ruedas uncidos a bueyes y toman el camino del norte. A pesar del calor y del



polvo, las mujeres han conservado sus cofias bordadas y sus amplias faldas de algodón que las envuelven hasta los tobillos. Protegidos del mortífero sol bajo los sombreros redondos de ala levantada, los hombres caminan junto con sus aperos cantando tonadas guerreras de su Holanda natal. En todo momento, están listos para coger un mosquete y su cuerno lleno de pólvora que se encuentra en el baúl de la parte delantera de cada carro. Estos territorios hostiles están llenos de peligros. Cuando la noche austral cae sobre las inmensas llanuras que los bóers llaman Veld, en la hora en que cielo y tierra se funden en una masa negra listada de relámpagos y engullen la sabana, las caravanas hacen un alto. Se forman inmediatamente *laagers*, disponiendo los carros en círculos cerrados con el fin de proteger a hombres y bestias de los ataques de tribus hostiles o de incursiones de la fauna salvaje. Entonces comienza, bajo la bóveda celeste más brillante aquí que en ninguna otra parte del mundo, la única comida diaria, generalmente, cuartos de antílope o jabalí asados y rociados con vasos de *mampoer*, un licor hecho con bayas fermentadas, un marratras tan áspero como los gahnates de estos aventureros de la primera tribu blanca de África. El cabeza de familia más anciano, al que llaman patriarca por su larga barba cuadrada, pronuncia luego un comentario bíblico que los asistentes escuchan en un silencio que sólo turban el barrito de los elefantes y el rugido de las fieras que vagan por los alrededores. Para estos holandeses, en su mayor parte analfabetos, la Biblia es la única fuente de cultura, el único libro que sus dedos han tocado ja-

más. Los niños de los carros aprenden a leer descifrando sus páginas bajo la dirección del patriarca de su convoy. Es, en todo caso, escuchando constantemente la Biblia cómo los que ya se llaman *trekboers* –los «campesinos nómadas»– fortalecen, día a día, sus cualidades innatas de valor y resistencia y su sed de libertad. «Avanzad con confianza por este país de Canaán que Dios os da –manda el libro sagrado–, porque pronto se derrumbarán ante vuestros ojos las murallas de Jericó y se abrirán a vuestro paso las aguas del Jordán.»

Al llegar a la orilla del río Gourits, las caravanas se detienen al fin. Los holandeses comprenden que han llegado a la Tierra Prometida. Aquí es donde se instalarán para criar sus animales y cultivar la tierra. Porque, están seguros, es aquí donde comienza la nueva patria que les han prometido las Escrituras. Deciden ratificar esta alianza con una declaración solemne que será a la vez un adiós definitivo a su Holanda natal y un homenaje a esta África que les abre los brazos. Al enviado de la Compañía que ha venido a reclamarles el pago de sus impuestos, uno de los suyos, un joven bóer llamado Hendrik Bidault, le responde con violencia: «¡Marchaos! ¡Ya no somos holandeses, sino afrikáners!» Ese día, la tribu blanca rompe sus amarras con la madre patria. Como se rompe un billete de vuelta, se ha regalado una conciencia africana.

La palabra *afrikáner* estalla como una bomba desde las soleadas orillas de Ciudad del Cabo hasta los oscuros muelles de Amsterdam. ¿Cómo imaginar que aquellos centenares de emigrantes llegados de Europa hayan de-

cidido adoptar, en el otro extremo del mundo, un país que ni siquiera existe? Convencidos de que ya no deben nada a nadie excepto a Dios, los primeros afrikáners no tendrán ningún problema en responder a esa pregunta. Incluso si la elección africana empieza con una embarazosa sorpresa. En efecto, desde lo alto de sus carros, los recién llegados no tardan en descubrir que no son los únicos en pisar la tierra que acaban de adoptar. Tribus indígenas ocupan ya la región con sus rebaños, que llevan de pastizal en pastizal. Pertenecen a la misma etnia de los *khoikhois* que Van Riebeeck vio en la montaña de la Mesa al desembarcar provenientes de Holanda. En la lengua de este pueblo, la palabra *khoikhoi* –literalmente, «hombres entre los hombres»– es una afirmación de su superioridad. Rechazados a lo largo de los siglos por los pueblos bantúes del norte, son los primeros africanos llegados al sur del continente. Algunos clanes echaron raíces en torno a la bahía del Cabo, donde instalaron sus cabañas redondas recubiertas de ramaje y boñigas. Tras unas negociaciones difíciles, Van Riebeeck había terminado por crear provechosas relaciones comerciales con algunos habitantes de esos pueblos, cambiando con ellos aderezos, adornos y tabaco por carne fresca destinada a las tripulaciones de la Compañía. El holandés incluso había acogido en su hogar a una joven huérfana *khoi*, que había bautizado con el nombre de Eva y que había educado como a su propia hija; es decir, en los estrictos preceptos de su venerado maestro Calvino. Tales actos de confraternización estaban, por supuesto, formalmente proscritos por los Heren de Amsterdam. De

todas formas, eran casos muy raros que sólo podían producirse con una pequeñísima minoría de khois, aquellos que poblaban desde hacía mucho tiempo las orillas de la península y que, por ello, estaban acostumbrados a las incursiones de extranjeros. Muy diferente era la situación en los grandes espacios del norte, hasta entonces vírgenes de toda presencia blanca, allí precisamente donde empezaron a llegar los primeros carros de los afrikáners.

Para los khois, vestidos con pieles de animales y plumas de aves, que vivían nómadas por esas tierras, la repentina intrusión de esos blancos con cofias y sombreros redondos es inmediatamente percibida como una amenaza. La delgadez del ganado que acompaña a esos extranjeros traiciona de entrada la realidad de sus intenciones. Han venido a apropiarse de los pastizales de la región. La historia de Sudáfrica no recoge la fecha exacta del primer enfrentamiento que siguió a esta toma de conciencia. ¿Junio, julio, agosto de 1658? No obstante, esta fecha marca el inicio de un conflicto de tres siglos que sólo se resolverá el día en que afrikáners blancos y africanos negros, obligados a reconciliarse, pongan al frente de su país a un profeta llamado Nelson Mandela.

Como ocurre frecuentemente en la historia, el inexplicable enfrentamiento empieza con un incidente insignificante. Algunas vacas capturadas accidentalmente en unos pastos e, inmediatamente, un diluvio de flechas impregnadas de veneno de cobra cae sobre los recién llegados. Acaba de estallar la primera rebelión de los negros de Sudáfrica contra la opresión blanca. Tan violenta es

esta reacción que los holandeses se baten en retirada. Algunos incluso se repliegan hasta un pequeño fuerte que la Compañía les obligó a construir al día siguiente de su llegada a suelo africano. Evidentemente, se trata de una retirada temporal. Fortalecidos perpetuamente por la lectura de los salmos, los fugitivos vuelven a partir hacia el norte. «Muéstranos tu fuerza, Señor, y danos valor en el sufrimiento», repiten en sus oraciones. Esta vez, el Señor hace algo aún mejor, y envía a sus hijos amenazados algunos especímenes de uno de los animales más nobles de la creación. Un barco proveniente de Batavia acaba de descargar cincuenta caballos en la punta del Cabo. El inesperado refuerzo de caballería permite a los afrikáners recuperar la ventaja. De pronto se impondrá a los negros de África el ejercicio de un nuevo derecho: el derecho de los blancos a apropiarse de sus tierras. Es el acto inaugural de un largo proceso de expoliación que, con la práctica de la esclavitud y la condena de los indígenas a trabajar a cambio de salarios míseros, contribuirá un día a dar forma a las instituciones de la sociedad del apartheid.

Desposeídos de sus pastos, de sus rebaños, de sus pueblos, los orgullosos khois del norte acaban por capitular. Pero ¿no son ellos, como indica su nombre, «los hombres entre los hombres»? Actuando en el mayor secreto, uno de ellos decide organizar una revuelta. Se llama Doman. Es un atleta de treinta y cinco años, de silueta longilínea y músculos ahusados. En la sociedad khoi, ya es tenido por una leyenda porque ha trabajado en Indonesia para la Administración holandesa. Acom-

pañando a las fuerzas de ocupación, ha hecho un descubrimiento crucial que, según cree, debería permitir a sus hermanos vengar su honor y borrar su derrota. Como la humedad vuelve inservible la pólvora, indispensable para los mosquetes de los blancos, hay que actuar en tiempo de lluvia. El día D elegido por Dorman es una jornada glacial y húmeda. Ha conseguido enrolar a Eva, la joven khoi de largas trenzas que vive en el hogar de Van Riebeeck. Convencida de que el verdadero pueblo elegido por Dios no es el de sus benefactores blancos, sino el de sus antepasados negros, la joven incendia la casa de sus padres adoptivos mientras ellos duermen. Pero consiguen escapar de las llamas. ¡Qué importa! Otras decenas de fuegos incendian al mismo tiempo los campamentos y las cosechas de los blancos.

El levantamiento fracasa y será duramente reprimido. A partir de ahora, los khois ya no podrán liberarse de la férula de los blancos. Cuando vuelve a Holanda, dejando tras de sí, a guisa de reliquia, la imponente estatua de su persona sobre una peana de granito, frente a la montaña de la Mesa, Jan Van Riebeeck puede mostrarse satisfecho de los resultados de su audaz misión africana. Sus toneladas de lechugas, hortalizas y carne fresca han hecho desaparecer el escorbuto en los barcos de la Compañía. Pero, sobre todo, favoreciendo a su pueblo, ha hecho de su simple estación de abastecimiento una auténtica pequeña colonia. La llegada de nuevas oleadas de inmigrantes, alemanes y hugonotes franceses en su mayoría, así como la importación regular de esclavos, han aumentado masivamente su población. En cincuenta

años, ésta ha pasado de un centenar de expatriados a más de veinticinco mil colonos y otros tantos esclavos. El Consejo de los Diecisiete de Amsterdam no debe preocuparse: la conquista blanca de Sudáfrica está definitivamente en marcha.

Pero se inquietan, por supuesto. En Amsterdam cunde el pánico en estos últimos años del siglo. Las noticias que llegan del Cabo hacen correr sudores fríos por los cuellos de los Heren. Todos los colonos se han puesto en camino hacia tierras más fértiles. Los carros de los africaners están a más de ciento cincuenta kilómetros al norte de Ciudad del Cabo. No hay obstáculo que parezca impedirles ocupar su nueva Tierra Prometida: ni las emboscadas de algunos khois supervivientes que deambulan por los bosques, ni las extensiones desoladas de la provincia de Karoo que tienen que cruzar. La Compañía, sin embargo, hace esfuerzos desesperados por conseguir que estos cabezas locas regresen al seno de sus fronteras. Pero todos parecen inexorablemente atraídos por la llamada de los grandes espacios.

1700. Se anuncia un siglo de peligros extremos para los comerciantes de Amsterdam que deseaban, al principio, limitar el compromiso africano de su país a una pequeña aventura agrícola. Sin embargo, van a volver a tomar el mando, esforzándose por hacer de su base una especie de paraíso colonial. Distribución de tierras fértiles a nuevos inmigrantes, elevación de los precios de los productos agrícolas que se pagan a los granjeros, reduc-

ción de impuestos y tasas e importación de esclavos; ponen todo esto en marcha para atraer de nuevo a los bóers a las fronteras de la colonia. Pronto se levanta, entre el fuerte de piedra construido por Van Riebeeck tiempo atrás y las pendientes de la majestuosa bahía de la Mesa, una capital en miniatura: Ciudad del Cabo, con su templo protestante igual que los de la lejana Zelanda, con la residencia oficial de su gobernador y sus edificios administrativos alineados con tiralíneas a cada lado de la calle central, con sus barrios de viviendas de bonitas fachadas color ocre. Desde su nacimiento, Ciudad del Cabo promete convertirse en una auténtica joya de la urbanización tropical. También surgen otras pequeñas ciudades en el exuberante verdor de los alrededores. Como Stellenbosch, donde los infatigables hugonotes de origen francés fabrican vino en tal cantidad que un día colonizará las mesas de todos los gourmets del mundo.

La historia nunca debería haber recordado el nombre del oscuro gobernador que desembarca en Ciudad del Cabo esa tarde del martes 13 de febrero de 1713. Johannes Van Steeland, de cuarenta y siete años, cabellos rizados y bigote corto. Va acompañado por algunos marineros y pasajeros que descienden como él del *Amstel*, una carabela procedente de Amsterdam. ¿Cómo imaginar que el lejano sucesor de Van Riebeeck trae en su equipaje una condena de muerte para la pequeña colonia? Su esposa y sus cuatro hijos, así como numerosos miembros de la tripulación y varios pasajeros del velero, han pere-